

Transformación urbanística y migración



en la Ciutat Vella de Barcelona

Guillermo Alonso Meneses
Colegio de la Frontera Norte



Introducción

El distrito de Ciutat Vella — Ciudad Vieja en lengua catalana — engloba a los barrios más antiguos de Barcelona. En esa parte de la ciudad están los restos de la muralla Romana, la Catedral, las Rambas, las sedes de la Generalitat (Gobierno Autónomo de Cataluña) y el Ayuntamiento, el reconstruido Liceo de la Ópera o el Museo Picasso. El área comenzó a ser remodelada urbanísticamente a finales de los años 80 del siglo pasado; la excusa fue la celebración de las Olimpiadas en 1992, una poderosa razón para acometer también la reestructuración de otras importantes zonas de la ciudad. Pero, si simultáneamente, se produjo la llegada de inmigrantes procedentes de países no europeos tanto a Barcelona como al resto de España, en lo que constituyó un fenómeno inédito por su volumen y por su procedencia. A raíz de esto, la ciudad conoció uno de los procesos más originales de inserción urbana de nuevos grupos étnicos, en el contexto de más reciente flujo migratorio que tiene como destino la Unión Europea y, en concreto, España. Pues coincidieron en el tiempo y en el espacio la transformación urbanística del distrito de Ciutat Vella con la transformación de su tejido social, mediante un proceso gradual y constante que todavía, en pleno año 2002, continúa.

Esta transformación, *a priori* del cada, arrancó en 1987 con la declaración de importantes zonas del distrito, como *Área de Rehabilitación Integrada* y los consiguientes PERI (Plan Especial de Reforma Interior) con los que se ejecutó. Recordemos que ese año fue cuando se eligió a Barcelona como sede de los JJOO de 1992. El proceso fue impulsado y dirigido principalmente por el Ayuntamiento, gobernado ya en ese entonces por los socialistas catalanes, y el principal instrumento para llevarla a cabo fue la empresa mu-

nicipal *Procivesa*. La Rehabilitación Integral abarcó diferentes programas sectoriales de intervención: urbanismo, vivienda, seguridad, bienestar social, revitalización económica, movilidad, accesibilidad, equipamiento e infraestructuras. Y sus actuaciones urbanísticas fueron tan radicales que se llegó a derribar manzanas enteras de edificios, con la consiguiente generación de inéditos paisajes urbanos: plazas, calles más anchas, nuevas edificaciones.

Este ambicioso proyecto urbanístico, dirigido a "recuperar" el corazón de la ciudad y, por ende, a recuperarlo socioeconómicamente para una clase media con poder adquisitivo, se encontró de forma inesperada con un flujo de inmigrantes que ha desbaratado los planes, pues paralelamente a estas reformas, comenzaron a asentarse diferentes colectivos de inmigrantes "extracomunitarios".¹ Éstos, con el paso de los años, han acabado confirmando a esos barrios emblemáticos y reformados de los que son residentes, unos rasgos diferenciados cultural y socialmente de lo que había sido hasta ese entonces "tradicional" en Barcelona. La emergencia y nuevo protagonismo de estos inéditos actores sociales supuso un claro ejemplo de la (re)definición de espacio urbano o de la mutación de la ciudad por sus habitantes, como diría Félix de Azúa (1999). Sólo que en este caso ha sido por unos habitantes que son inmigrantes y extranjeros. Gente procedente, entre otros lugares, del Norte de África y de América Latina, que —y éste es un hecho importante— son ex-colonias españolas, lo cual en cierta forma legitimaría para algunos ese flujo migratorio hacia España, tanto por razones de afinidad cultural como "morales".

1. Se denomina así a todos los extranjeros que no provienen de algún Estado miembro de la Unión Europea.

Obviamente, el reto epistemológico, teórico, metodológico y conceptual, que una realidad como la esbozada *ut supra* le presenta al investigador, no está exento de dificultades. Los potenciales escenarios analíticos que pueden diseñarse para recoger, analizar e interpretar toda la información susceptible de ser tenida en cuenta son, qué duda cabe, numerosos. La hipótesis del presente trabajo sostiene que, incluso siendo dos procesos diferentes en su origen, hubo un momento en que coincidieron en el tiempo y el espacio. A fines de los 80 se dio esa conversión y la consolidación de los puntos de relación entre el proceso de transformación urbanística iniciada por las autoridades municipales y el cambio sociocultural de los habitantes del conjunto de barrios transformados. Encontrar los vínculos vertebrales de esta relación, imprevista debido a la irrupción del factor inédito de la inmigración extranjera por su volumen, no es nada fácil. Pues las claves explicativas de los distintos vínculos que puedan surgir son de índole económica, política, cultural, histórica, etc. En otra parte (Alonso, 2000) propuse algunas claves para desentrañar las estructuras de significación socialmente establecidas por los inmigrantes, los nuevos símbolos urbanos, sus nuevos significados o las tendencias del consumo simbólico. Ya que todo ello puede servir de referentes condensadores o generadores de la imagen que dan los inmigrantes en estos barrios de los que hablo. Lo cual supone, *per se*, uno de los puntos de unión.

La Ciutat Vella de Barcelona, además, tiene de peculiar que acoge a inmigrantes procedentes de países tan diametralmente opuestos como lo pueden ser Marruecos (noroeste de África) y Filipinas (este de Asia) o la República Dominicana (Caribe) y Pakistán (centro sur de Asia); incluso existen diferencias abismales entre 2 países que comparten la

misma religión musulmana (Pakistán y Marruecos). Es más, entre los mismos marroquíes hay diferencias notables entre un inmigrante que sólo habla beréber y que es de un área rural como el Rif (norte de Marruecos, frente al sur de España) y otro que procede de la capital, Rabat, y habla el árabe dialectal de esa región del Magreb.² Con esto quiero decir que los diferentes matices étnicos o culturales que caracterizan a estos colectivos de inmigrantes impiden ofrecer una imagen "homogénea" de ellos, aunque, como ya plantearé, para algunos observadores simplemente son inmigrantes del Tercer Mundo. Pero, además, habla de un impacto sobre la realidad urbanística que, debido a su naturaleza, está diferenciado culturalmente.

1. La ciudad de Barcelona y el distrito de Ciutat Vella

La ciudad de Barcelona tiene una superficie de 99,07 km² y una población total de 1.512.971 habitantes, según el padrón Municipal de Habitantes del 2000; la gran Barcelona o zona metropolitana con los municipios conurbados, tiene una superficie de aproximadamente 600 km² y más de 3 millones de habitantes. Barcelona está dividida en 10 distritos y el de Ciutat Vella engloba los barrios de Parc (nueva reestructuración del antes denominado Casco Antiguo en la nomenclatura municipal), Gótico, Raval y la Barceloneta; aunque dentro de ellos encontramos barrios "menores" pero con un innegable protagonismo histórico o significatividad popular como los del Casco Antiguo, la Ribera, Sant Just,

Sant Pere, el Barrio Chino u otros que mantienen su propia identidad, sólo que no están considerados como unidades administrativas municipales al haber quedado englobados en las 4 divisiones anteriores.

El Parc o Casco Antiguo y el Gótico son los barrios que contienen los edificios y calles más antiguos de Barcelona. Aún quedan construcciones de casi 2000 años de antigüedad, como restos de templos y murallas romanas, edificios góticos, barrocos y modernistas. La estructura urbanística y/o el trazado de Ciutat Vella mantiene, en muchos sectores, su origen medieval, con calles estrechas y sinuosas totalmente inadecuadas a las necesidades de los automóviles actuales, e incluso edificios palaciegos de los siglos XII o XIII. Por eso no debe extrañar que la mayoría de los edificios estuviesen, antes de la transformación de los PERI del Casco Antiguo y Raval, muy degradados. El 70% de las viviendas de este distrito se habían construido con anterioridad a 1900. La superficie media de las viviendas era de 60 m², pero el 60% de todas ellas no alcanzaba esa media. A finales de los años 80, unas 7.000 viviendas no disponían de baño privado, sólo el 60% disponían de conductos de gas en la ciudad (debían utilizar cilindros de gas) y tan sólo el 10% contaba con ascensor, circunstancia especialmente relevante por el alto número de ancianos residentes. Y de los 6.300 edificios, un 2% se encontraba en estado ruinoso.³

Estas cifras sobre la realidad infraestructural, antigua y degradada, son importantes ya que reflejan las difíciles condiciones de vida de los vecinos

2. Faltante de estas diferencias culturales entre los marroquíes ya lo ha tratado G. Alonso (1997)

3. Cf. Procivesa. "Ciutat Vella, rehabilitación integral en el Centro Histórico de Barcelona (España)". Memoria presentada y aceptada en el Curso de Buenas Prácticas patrocinado por Dubai en 1996

afincados. Y sabido es que la infraestructura urbana mediatiza los estilos de vida. Como plantea Patricia Saña (1995): "La gente recibe información del espacio para regular su conducta, pero además, lo usa y reconfigura de manera activa. Es por esto que las características de los entornos urbanos incide en el tipo de vida posible en la ciudad".

La población que residía en el distrito cuando se acometieron las obras, era de aproximadamente el 5.8% de la población de Barcelona, o sea, 83,829 habitantes (el 46.9% hombres y el 53.2% mujeres), asentados sobre el 4.31% de su territorio (la densidad media del distrito era de 19,450 hab/km² frente a los 15,230 de media de Barcelona). Por esto, el Raval —donde está el *Barrio Chino*, que fue durante muchos años la zona por excelencia de la prostitución—, con sus 31,701 hab/km² era en 1996 uno de los barrios más densos del mundo.⁴ Estas cifras se siguen manteniendo según el padrón municipal de Barcelona de 2000

Población por barrios de Ciutat Vella, 1996

Barrio	Superficie (Km ²)	Población (hab)	Densidad (hab/ Km ²)
Barceloneta	1,27	14,981	11,796
Parc	1,13	20,132	17,808
Gótico	0,81	13,845	17,093
Raval	1,10	34,871	31,701

Población por barrios de Ciutat Vella, 2000

Barrio	Superficie (Km ²)	Población (hab)	Densidad (hab/ Km ²)
Barceloneta	1,27	15,192	11,962
Parc	1,13	20,139	17,822
Gótico	0,81	16,587	20,478
Raval	1,10	37,911	34,464

Fuente: Padrón de Barcelona, 1996.

Fuente: Padrón de Barcelona, 2000.

Hay dos aspectos demográficos que son claves para entender lo que va a ocurrir en Ciutat Vella desde finales de los años 80 hasta la actualidad. El distrito presentaba un número creciente de población envejecida, tendencia ésta que es paralela a la pérdida acelerada de población. Entre 1974 y 1996, el distrito perdió el 40% de sus habitantes. Semejante proceso de envejecimiento progresivo de la población hizo que el distrito de Ciutat Vella tuviera un 28% de mayores de 65 años, cuando la media de Barcelona era de 21%. A ello hay que agregar, para hacernos una idea cabal de cómo era el escenario de acogida de la migración, unos elevados índices de desempleo y pérdida de actividad económica, todo lo cual se tradujo en marginación social y urbana. El presidente de la FAVB (Federación de Asociaciones de Vecinos de Barcelona) Manel Andreu, y el presidente de la Asociación de Vecinos del Raval, Pep García, recordaban hace unos años que el distrito de Ciutat Vella tenía el índice de desempleo más alto de Barcelona (30.6%), la segunda peor tasa de instrucción y a esperanza de vida más baja de la ciudad.⁵ Por supuesto, éstos son sólo algunos de los factores que propiciaron la sustitución de los residentes autóctonos del barrio, por inmigrantes (no siempre con escasos recursos), aunque también —en menor grado— por artistas extranjeros, profesionistas, jóvenes con sueldos modestos u "okupas" (squatters: ocupantes de pisos y edificios vacíos con estilos de vida no convencionales). Aunque, de hecho, desde hace años hay síntomas que apuntan a que el barrio Gótico y el Casco Antiguo a raíz de su transformación, se es-

4. Para que el lector mexicano tenga una referencia, la ciudad de Guadalajara en 1990, tenía 1,633,053 habitantes y una densidad de 8,691.5 hab/km².

5. Vianco (1999).

tán poniendo de moda entre la clase media con alto poder adquisitivo. Muy parecido a lo ocurrido con el barrio de Kreuzberg, en Berlín, donde hasta hace poco vivían los inmigrantes turcos, artistas, squatters y, hoy en día, es el barrio de moda entre la alta burguesía berlinesa.

Por otra parte, regresando a Barcelona, tenemos que el número real de inmigrantes extranjeros a enero del 2002 puede estar en 1,500,000; con permiso de residencia que eligieron España para vivir en 1999 ascendían a 719,647, aproximadamente un 1.81% de la población total, frente al 7% de extranjeros en la Unión Europea en el 2000. Si excluimos a Luxemburgo de estos cálculos, queda en 4.9% de inmigrantes. Para el conjunto de España, en 1998, los países de procedencia de los inmigrantes extracomunitarios más importantes fueron Marruecos con 140,896, Perú con 24,879, República Dominicana con 24,256, China 20,690, Argentina con 17,007, EE.UU. con 15,563, Cuba 13,214 y Filipinas con 13,553.⁶ Pero en el 2001 las cifras eran otras, lo cual habla de los cambios bruscos en la regularización de inmigrantes.

Pais de origen Residentes en el año 2000

Marruecos	194,099
China	30,958
Ecuador	28,773

Sendas obras del Colectivo loé (1992 y 1994) trataron desde una perspectiva global la presencia de extranjeros y marroquíes, respectivamente, en Cataluña. En ellas ya se apuntaba la importancia de Barcelona como polo de atracción de esa inmigración. Según los permisos de residencia de la

Comisaría General de Extranjería y Documentación, al 31 de diciembre de 1998, en Cataluña había un total de 148,803 residentes extranjeros: un 2.45% de la población total. Los inmigrantes procedentes de países en vías de desarrollo eran 106,059: el 1.75% del total de la población catalana. Los residentes en Cataluña suponen el 20.68% del total de extranjeros que hay en España, lo cual hacía de ella la Comunidad Autónoma con mayor población extranjera. A finales de 1998 los marroquíes representaban el 33% de los extranjeros residentes en Cataluña y el 10.4% de Barcelona, donde residían en 1996 oficialmente 3,191, de los que 1,671 estaban en el distrito de Ciutat Vella (el 52.3%). Pero la colonia marroquí no sólo es la más numerosa, también es la más antigua de la inmigración procedente de fuera de Europa. Data de los años 60 aunque su flujo creció a partir de los 80 y a medida que regularizaban su situación fueron trayendo a sus familias. Sin embargo, aunque el número de familias marroquíes es cada vez mayor, el perfil preponderante de los nuevos inmigrantes es el de jóvenes, solteros o solos que tienen a sus familias en Marruecos.

Un año después, en 1999, se calcula que en Cataluña habían 150,000 extranjeros; en la ciudad de Barcelona, según el padrón de 1996, había 30,455 (2.02%); en Madrid son el 3%. Pero hay otras ciudades europeas como Londres que tienen 20% o Bruselas con el 28%. El distrito con mayor número de extranjeros fue Ciutat Vella con 6,093. Los colectivos de inmigrantes extracomunitarios más numerosos de Ciutat Vella (cifras oficiales que no recogían a los no regularizados) a mediados de los 90 son los de Marruecos (1,671), Filipinas (1,093), Pakistán (476), República Dominicana (388) y Perú (190). Y el sector servicios, especialmente la rama doméstica, sigue siendo el sector de ocupación más

6. Cf. Instituto Nacional de Estadística, España.

importante de los/las inmigrantes en la ciudad de Barcelona, ocupado especialmente por dominicanas y filipinas. Desde una perspectiva económica, según un estudio elaborado por economistas de las universidades de Harvard y Pompeu Fabra de Barcelona, los inmigrantes extracomunitarios aportaron en 1997 al conjunto de Cataluña una cifra superior a los 450 millones de dólares.

Las fuentes del departamento de Estadística del Ayuntamiento de Barcelona reflejan que desde 1987 hasta 1990 se produjo un crecimiento sostenido de los inmigrantes extranjeros que se interrumpe brusca y sensiblemente en 1991 (donde se pasa de 14,962 a 8,746 inmigrantes para toda Barcelona; Ciutat Vella pasa de 1,161 a 541). No obstante, el crecimiento se restablece y recupera en 1992. Esto se explica por la celebración de los Juegos Olímpicos en Barcelona y la Exposición Universal de Sevilla de aquel año, una de cuyas medidas de seguridad fueron los fuertes controles fronterizos. Tres años después, en 1995, la ciudad de Barcelona ya había recibido oficialmente 19,708 inmigrantes extranjeros, lo que —en teoría— constituía las cifras más altas de los últimos nueve años y posiblemente de la historia de la ciudad (siempre referido a extranjeros). Pero a pesar de esta incorporación de inmigrantes, tanto la ciudad de Barcelona como el distrito de Ciutat Vella siguen mostrando en 1996 un saldo migratorio negativo: respectivamente de -20,609 y -1,013.

Una primera lectura apunta que Ciutat Vella no sólo pierde población autóctona sino que, además, recibe mayoritariamente extranjeros. De hecho, en 1996 fue el distrito de Barcelona donde más africanos y asiáticos se empadronaron (89 y 92 respectivamente, frente a los 48 de la Unión Europea o los 166 procedentes de distintos países de América). Estas cifras pueden parecer bajas, pero es que, vuelvo a insistir, sólo registran casos legalizados en aque-

llas fechas. Y las posteriores regulaciones de inmigrantes sin papeles sacaron a la luz miles de casos.

Si la población extranjera, en 1996, ascendía a 30,455 personas para el total de la ciudad, los marroquíes eran el colectivo extranjero (comunitario y extracomunitario) más numeroso de Barcelona, al ser oficialmente 3,191 residentes (1,671 en Ciutat Vella; principalmente 793 en el Raval y 518 en el Casco Antiguo). Según el padrón de 1991, en Ciutat Vella vivían por ese entonces el 51% de los marroquíes empadronados, el 62.8% de los senegaleses y el 66% de los pakistaníes. Esto sin contar los indocumentados o inmigrantes “sin papeles” o “permiso de residencia”. En toda España hay aproximadamente unas 80,000 personas que están indocumentadas, según cifras oficiales, aunque según otras fuentes cercanas a ONG's este número podría llegar a los 150,000. Y eso a pesar de los recientes procesos de regulación finalizados en el 2001. Con todo, estimar la población total de inmigrantes extracomunitarios residentes en el distrito de Ciutat Vella, es difícil. Los representantes de las Asociaciones de Vecinos de los 4 barrios mantenían, a fines de los 90, que la cifra no bajaba de los 14,000 inmigrantes extracomunitarios (el 16.7% de los habitantes del Ciutat Vella). Los extranjeros latinoamericanos, africanos y asiáticos establecidos en Barcelona legalmente rondan la cifra de los 50,000. Un tercio de los cuales reside en Ciutat Vella; algunas cifras oficiales más recientes del distrito son éstas.

Barrio	Marruecos	Ecuador	Dominicana
Barceloneta	356	56	65
Parc	824	136	474
Gótico	356	424	97
Raval	1,496	671	519

Habría que señalar, también, para acabar de delimitar con algunas cifras el escenario de nuestro

análisis, que en la Comunidad Autónoma de Cataluña, compuesta por las provincias de Barcelona, Tarragona, Lérida y Gerona, residían a finales de los noventa oficialmente 35,056 africanos, de los cuales 27,882 eran marroquíes. Desde esta tesitura, el informe demográfico del Institut d'Estadística de Catalunya (Idescat) de 1999 apuntaba ya que la natalidad no había crecido en 1998, como esperaban los demógrafos, sino que retrocedió en conjunto un 0.2%. El informe muestra que las parejas extranjeras, dos terceras partes de las cuales son ciudadanos africanos, tuvieron un 9% más de niños en 1998 que en 1997. Un comportamiento diametralmente opuesto al de las parejas de nacionalidad española, que tuvieron un 1.1% menos. Así, el 3.9% de los bebés nacidos en 1998 tiene como padre o madre (o ambos) a un ciudadano africano.⁷ Los residentes africanos en Cataluña, en su mayoría jóvenes y en edad fértil, representan el 0.58% de la población total y un 35.8% de la población extranjera, pero su comportamiento ante la natalidad tiene suficiente peso como para destacar en las estadísticas (Cf. Quadrado, 1999). Esta evidencia estadística permite pensar que en el futuro, tanto en España como en Barcelona, el peso de la población inmigrante o de origen inmigrante va a ser significativo. Lo cual redundará, indudablemente, en el uso del espacio urbano. Aunque la cuestión es si la planeación urbana de Barcelona será sensible a esa multiculturalidad, si debe serlo y cómo podría manifestarse.

7. Según el Institut d'Estadística de Catalunya, el 3.9% de los bebés nacidos en 1998 tenían como padre o madre (o ambos) un ciudadano africano. Por aquel entonces en Cataluña residían 35,056 africanos, de los cuales 27,882 eran marroquíes. De los 56,572 bebés nacidos en Cataluña en 1998, 2,566 son hijos de extranjeros mientras que 51,177

2. La migración extracomunitaria en las ciudades de la Unión Europea

La Unión Europea (UE) y la Organización Internacional de las Migraciones (OIM) estiman que en este momento hay 12,000,000 de inmigrantes, sin contar como tales a los ciudadanos de la UE: 5,000,000 residen en Alemania; 2,000,000 en Francia; 1,500,000 en el Reino Unido, aproximadamente 500,000 en Italia, Holanda y España, entre otros. Los “ilegales”, indocumentados o clandestinos oscilan entre 3 y 4 millones según la OIM; en Francia llegaron a haber entre 200,000 y 500,000 “sin papeles”. En los últimos años se han llevado a cabo regularizaciones en Italia, Francia, Bélgica o España, pero han sido insuficientes. Sin embargo, se da la situación absurda de que, cada año, cientos de miles de extranjeros indocumentados entran clandestinamente en la UE, están varios años llevando una innecesaria vida clandestina y vulnerable, hasta que les conceden documentos de residencia y trabajo. Esta situación es producto de 30 años de políticas migratorias equivocadas, incluidas unas “leyes de extranjería” restrictivas con los flujos de inmigrantes a quienes criminalizaron desde que los ilegalizaron de una forma inflexible. El promedio de inmigrantes en la UE en el 2000 fue de 7%. Si excluimos a Luxemburgo de estos cálculos, queda en 4.9% de inmigrantes y, por tanto, la UE estaría lejos de alcanzar su límite de capacidad de acogida de inmigrantes.

son hijos de españoles. Esto supone que de cada 20 niños que nacieron, uno tuvo padre y madre extranjeros. Si la comparación se hace sumando los bebés de parejas donde uno de los dos miembros tiene nacionalidad extranjera (4,782) ya sea el padre o la madre, la proporción sería de 1 por cada 12 (Cf. S. Quadrado, 1999).

Los quince países miembros de la UE necesitarán al año 1,400,000 trabajadores extranjeros aproximadamente, sólo para mantener sus actuales cifras de población activa y garantizar los sistemas estatales de pensiones y beneficios sociales. Es el precio del fuerte envejecimiento de la población y las demandas urgentes de un mercado laboral con déficit crónico de mano de obra en importantes sectores laborales. Según estimaciones del "Eurostat" (observatorio estadístico europeo)⁸ entre 1995 y 2025, la población de la UE crecerá muy poco: de 372 millones a 386. La población activa o en edad laboral (de 20 a 64 años), en cambio, disminuirá. La UE tuvo una población activa de 225 millones de personas en 1995, pero en el 2025 se calcula en 223 millones: 2 millones menos. Sólo en Alemania necesitan alrededor de 350,000 trabajadores extranjeros y en España 240,000 al año. Bruselas (sede del Parlamento Europeo) ha señalado que faltan por cubrir 800,000 puestos de trabajo en el sector de las nuevas tecnologías y que dicha cifra se duplicará en breve. Durante el 2001 la UE creció aproximadamente 1,5 millones, hasta alcanzar una población de 379,4 millones de ciudadanos en enero del 2002. Más del 70% de ese incremento se explica por la inmigración. El Reino Unido captó el 15%, Alemania e Italia un 17% cada una, España el 24%.

Paradójicamente, la UE está conociendo un doble proceso de integración social en un mismo espacio, la de los ciudadanos comunitarios y la de los inmigrantes (Geddes, 2000). Un proceso que, tal como lo señala Carens (2000), no es nada fácil al surgir problemas jurídicos, sociales, étnicos, políti-

cos, etcétera. De hecho, los ciudadanos de la UE rechazan al inmigrante. Prueba de este rechazo es que 6 de cada 10 franceses dicen, según una reciente encuesta de la Comisión Nacional de Derechos Humanos, que hay "demasiados extranjeros" (sobre todo árabes). La mitad de los franceses atribuye a los extranjeros el crecimiento de los gastos en seguridad social y un tercio les considera culpables de la inseguridad en las ciudades. Datos parecidos encontramos en el resto de la UE, ya que ese "miedo" no es nuevo (Duplas, Frías, Zaldúa, 1996). En los últimos años hubo una utilización política del miedo al extranjero, con un discurso xenófobo, que se tradujo en el auge de partidos políticos de ultraderecha en Francia (Jean-Marie Le Pen) o Austria (el Partido Liberal de Jörg Haider logró un 27% de votos en 1999). Países como España, con sólo un 3% de población inmigrante (Francia tiene 6%), ha conocido estallidos de violencia racista y xenófoba como los enfrentamientos de El Ejido (Almería) o en Cataluña. Para algunos analistas, la inseguridad en las ciudades y la elevación de los índices de delincuencia está asociada a los inmigrantes indocumentados.

Por otro lado, los atentados del 11 de septiembre del 2001 contra las torres del World Trade Center en New York y el Pentágono en Washington han hecho aflorar una realidad latente: la UE tiene a millones de ciudadanos e inmigrantes de religión musulmana. Los prejuicios, infundados y más bien de tipo xenófobo, de muchos ciudadanos contra los inmigrantes musulmanes se han acrecentado porque esos prejuicios ya existían de antes. Por tanto, no estamos ante un inminente choque de civilizaciones (Huntington, 1997), sino ante la insensibilidad e ignorancia de occidente frente al otro de cultura islámica (Said, 1997).

Una primera lectura de la situación aconseja que los inmigrantes no deben ser marginados o empu-

jados a la clandestinidad en la que viven por indocumentados. Lo cual se ve agravado cuando se forman ghettos en la ciudad. Antes bien, hay que integrarlos en el sistema educativo, laboral y hacerlos beneficiarios de las prestaciones propias de un sistema de Bienestar. Pues la experiencia histórica nos dice que parte de las raíces que hacen crecer al extremismo religioso, el terrorismo o sencillamente formas de conflicto social, es la discriminación, la marginación y la consiguiente pobreza de sectores sociales o grupos étnicos. Esto implica que los conceptos de ciudadanía y mercado hay que cambiarlos políticamente porque distorsionan la realidad, generan angustia, tal como señala Zapata-Barrero (2000).

Los estados miembros de la UE y las diferentes sociedades multiculturales, multiétnicas y multiconfesionales que la conforman van tomando conciencia de que la inmigración clandestina es una realidad que, según cómo se maneje o gobierne, puede ser enriquecedora, o, todo lo contrario, problemática y conflictiva. Sea como fuere, cualquier solución que se le quiera dar, necesariamente ha de comenzar por los países de origen, fomentando la democratización y el desarrollo socioeconómico. Al tiempo que se instrumenta una política migratoria humana, realista y eficaz que evite las mafias de traficantes; las muertes de inmigrantes; la marginación de minorías étnicas y ghettos urbanos; la explotación laboral de los inmigrantes, con el consiguiente aumento en las actitudes xenofobas y racistas de muchos ciudadanos de la Unión Europea.

3. La ciudad de Barcelona y los inmigrantes extracomunitarios

La pluralidad y concentración étnica en la ciudad de Barcelona se constata, sobre todo, en el distrito

de Ciutat Vella; un verdadero universo sociocultural donde se observa el fenómeno del inmigrante extranjero que aflora en tiendas, en plazas, escuelas, mezquitas, bares (Alonso, 2001). Su origen está en el aluvión migratorio de extranjeros iniciado en los últimos 20 años, a fines de los 70, y que ha constituido una nueva inmigración, a diferencia de la anterior que tuvo como protagonistas a inmigrantes españoles de otras regiones. Por tanto, la actual pluriculturalidad de Barcelona vincula tanto a otros españoles no catalanes: andaluces, extremeños, aragoneses, gallegos, como a extranjeros (extracomunitarios): marroquíes, peruanos, dominicanos, filipinos, argentinos o a otros ciudadanos de la Unión Europea: a emanes, franceses, italianos. Estas circunstancias hablan de comportamientos diferentes. En Barcelona, un argentino, un peruano o una dominicana con el mismo estatus jurídico que un marroquí, un pakistaní o una senegalesa pueden sentirse más libres y desinhibidos para actuar. Y lo mismo ocurre con los marroquíes que proceden de distintas regiones, pues influye el que sean de tradición árabe o amazigh (beréber). Asimismo, entre inmigrantes españoles ocurre un fenómeno análogo: los inmigrantes gallegos que residen en Barcelona reflexionan sobre su estatus migratorio de forma diferente a como lo hacen los andaluces.

Por otra parte, Barcelona ofrece imágenes urbanas netamente extranjeras o, lo que es lo mismo, que hablan de la vida social de los inmigrantes en un contexto urbano. Estas imágenes remiten a una vida social diferente, a nuevas formas sociales, obviamente públicas. Eso nos permite hablar de diferentes fachadas o revestimientos simbólicos que son la cara visible de la vida social pública de los distintos colectivos de inmigrantes. Los cuales se pueden captar si el observador se sumerge en la cotidianeidad que los arroja y en cierta medida los

⁸ Cf. El artículo "Europa quiere elegir a sus inmigrantes", en el diario *El País*, edición electrónica, jueves 26 de abril del 2001.

estructura. Me refiero a los distintos estilos de vida, hábitos y comportamientos públicos de los inmigrantes en la Ciutat Vella de Barcelona. A este respecto, el reto metodológico al que nos enfrentamos los antropólogos urbanos (al menos porque los contextos de análisis están insertos en una ciudad), en palabras de Manuel Delgado (1999), es defragmentar sobre el terreno una sociedad de transeúntes. Y este ha sido el *leit motiv* principal del presente trabajo. Aunque, en menor medida, también es una exploración que intenta focalizar un conjunto de lugares reales o simbólicos, tal como hace Anibal Ford (1993), caracterizados por la acentuación de lo heterogéneo, híbrido, nuevas fragmentaciones, dispersión y reconstitución de conjuntos culturales muchas veces precarios (Ford, 1993: 108). La ciudad le impone al inmigrante ciertas dinámicas de comportamiento, sin duda, pero el inmigrante se puede relacionar por medio de comportamientos inéditos con los espacios urbanos. A este respecto, conceptos como transmigración, transmigrante o espacios sociales transnacionales, tal como los apunta Pries (1999) ya sugieren que el inmigrante es un actor móvil y, por eso mismo, la vida en barrios de inmigrantes está abierta a influencias externas constantes.

Sea como fuere, la presencia de inmigrantes suele ser problemática porque la alteridad, los otros, han sido un problema para la civilización occidental.⁹ Antes se habló de algunos brotes de racismo y xenofobia, pero también existen manifestaciones

de xenofilia. La de aquellos sectores minoritarios en la ciudad que entienden la inmigración como parte de ese Derecho Humano que consagra la libertad de movimiento de todas las personas (artículo 13) y, por tanto, la conciben como generadora de diversidad étnica que enriquece el capital socio-cultural de Barcelona. Pues los diferentes patrones de conducta de los inmigrantes suelen coexistir, mientras no haya una fricción grave, sin problema alguno y, la imagen producto de esta coexistencia, para los defensores de la multiculturalidad, es un argumento poderoso. En este sentido, creo que el multiculturalismo es una experiencia nueva, cotidiana y totalmente real en Ciutat Vella. Máxime ahora que en España se ha abierto un reciente debate sobre la multiculturalidad que para algunos es el cáncer de la democracia y la sociedad.¹⁰

Estas circunstancias contribuyen a hacer de la Ciutat Vella un escenario de análisis complejo. La misma complejidad que le resulta incómoda a políticos y autoridades locales, aunque sólo reconocen que su temor es que estos barrios se conviertan en un *ghetto* de inmigrantes. Y es que el distrito, desde hace años, a su estereotipada imagen de degradado y marginal ya tiene asociado esa otra imagen de zona de residencia de inmigrantes extranjeros “tercermundistas” (en un sentido peyorativo).¹¹ Y es que la Ciutat Vella de Barcelona, por sus características urbanas, era el espacio “predestinado” para que se asentaran los colectivos de inmigrantes urbanos (muy diferentes a los del medio

rural), ya que los barceloneses llevaban décadas abandonando la zona. La mayoría de los pisos tenían rentas congeladas porque sus ocupantes llevaban lustros viviendo en ellas y los propietarios ni querían ni tenían para invertir en su mantenimiento. Los inmigrantes, generalmente con problemas para rentar una casa, comenzaron a pagar rentas inimaginables por unos departamentos en mal estado que nadie quería. Parte de las viviendas sociales de nueva construcción han sido otorgadas a inmigrantes. Pero la mayoría rentó o sigue rentando departamentos en pésimas condiciones, incluso que amenazan ruina.

Los distintos barrios (palabra de origen árabe) del distrito han visto proliferar diferentes tiendas de alimentos y de productos exóticos. Tienen anuncios luminosos o letreros escritos en el alfabeto árabe, con sus dependientes vestidos a la manera tradicional de sus regiones (alborno, chilaba) o bien a la occidental, ya sean marroquíes de Rabat u originarios de la sureña región del Sous, del Tafilet en el Atlas o de la rifeña Yebala. Hay carnicerías donde se vende la carne del ganado sacrificado por el rito musulmán; en este caso, pueden estar regentadas tanto por pakistaníes como por marroquíes, en cuyos países la religión predominante es la musulmana. Se han abierto, también, varios minisupermercados donde se venden comidas asiáticas, africanas, latinoamericanas. Hay tiendas de marroquinería y alfombras, de electrodomésticos manufacturados por las fábricas de los tres asiáticos del Pacífico o de baratas de Indonesia, de China o de Taiwán. Locutores que son utilizados para llamar por vía computarizada o en videoconferencias a la República Dominicana o al Pakistán, a Marruecos, Colombia o Filipinas. Igualmente mezquitas para la oración y otras prácticas religiosas de los musulmanes, especialmente marroquíes (Alonso, 2001).

Otro colectivo que en los últimos años ha ganado mucho protagonismo es el de los dominicanos. Ellos han abierto tiendas de comestibles (abarrotes), peluquerías, bares-restaurantes e incluso discotecas. Su estilo de vida, de tradición caribeña, es radicalmente diferente al de marroquíes o pakistaníes. Por ejemplo, mientras la mujer musulmana que viste a la manera tradicional lleva largas túnicas hasta los tobillos, *hiyab* o *shador* (pañuelo) en la cabeza, sin negar que otras visten “ala-occidental”, muchas mujeres dominicanas (mestizas o mulatas) cuando hace calor visten con prendas ajustadas al cuerpo, “marcando las curvas” o con minifaldas.

Esto, no sólo muestra lo contradictorio a que puede llegar a ser la interacción de dos colectivos que están culturalmente alejados, sino que, como ha sucedido de hecho, han surgido conflictos ante el choque de valores y las consiguientes percepciones “distorsionadas” que han propiciado acciones “molestas”. Me refiero a que alguna vez se han presentado enfrentamientos entre dominicanos y marroquíes, por a algún comportamiento “irrespetuoso” de estos últimos con las mujeres dominicanas.¹² Podría decirse que en Ciutat Vella coexisten imágenes totalmente opuestas de cómo debe vestirse y comportarse en público una mujer, pero que a su vez nada tienen que ver con la tradición europea. Curiosamente, el colectivo procedente de Filipinas, aún siendo numéricamente uno de los más altos y antiguos del distrito, tiene una presencia pública discreta, en el sentido de que pasan más desapercibidos. Y esta pluralidad de referencias, en

9. Cf. Christian Delacampagne (1983) o Dupla, Frías y Zaldua (1996)
10. Cf. los artículos de Mikel Azurmendi, “Democracia y cultura”, en el diario *El País* (23-2-2002), José María Roldán, “El oscurantismo reverenciado”, diario *El País* (24-2-2002) y Hermann Tertsch, “Corrección política insensata”, diario *El País* (24-2-2002). La dirección electrónica (web site): www.elpais.es

11. Tanto el concepto como las palabras, Tercer Mundo o tercermundista, hace años que se erradqué de mi vocabulario. Actualmente, a mi modo de ver, tienen una connotación predominantemente peyorativa. En otro tiempo pudo ser una categoría con poder heurístico, véase sino a Worsley (1974), ahora lo dudo.

12. Huntington (1997) lo valoraría como un micro-dato más para sus tentar su controvertida tesis de que la defensa de la identidad cultural es un foco de inestabilidad y está consderada la causa directa de muchos de los actuales conflictos.

los últimos años, ha sido un signo distintivo de la gente que vive en esos barrios. Un síntoma más de la realidad multiétnica que define a esa parte de Barcelona. O, si se prefiere, una metáfora más de la complejidad y riqueza icónica que los inmigrantes extranjeros están aportando a la vida cotidiana en la ciudad de Barcelona.

Para redimensionar el clima sociocultural en el que se desenvuelven las relaciones interétnicas en estos barrios de Barcelona, expondré dos casos que me parecen significativos. Ilustran algunas dimensiones de la interrelación entre los barceloneses y los inmigrantes extranjeros. La imagen "en negativo" que se obtiene de cómo se percibe al extranjero o la dimensión moral que debe regir las relaciones, a mi modo de ver es significativa del nuevo *ethos* que están forjando los distintos actores sociales que residen en Ciutat Vella.

El 28 de octubre de 1999, vecinos de Ciutat Vella se manifestaron por las calles del distrito bajo el lema: "Seguridad sí; racismo no". El motivo fueron los incidentes provocados por un inmigrante pakistaní que tenía atemorizadas a las vecinas de la zona (en el Raval) a las que amenazaba con una navaja. Esta respuesta cívica ante repetidas agresiones de un extranjero habla de la sensatez que se ha alcanzado en el distrito en cuanto a tolerancia en la convivencia interétnica, ya que en otros lugares de Barcelona y España surgieron, en los últimos meses, distintos brotes de racismo y xenofobia por conflictos entre españoles e inmigrantes extranjeros.

El otro caso tuvo como protagonista al escritor holandés de origen marroquí Abdelkader Benali (nacido en Ighazzazen, Marruecos, en 1975). Se encontraba en la capital catalana para promocionar su primera novela, "*Boda junto al mar*", escrita directamente en neerlandés y por la noche decidió ir a la discoteca "Nayandeï", del Maremàgnum de

Barcelona, una de las zonas de ocio que en los últimos años se han puesto de moda y que está ubicada en Ciutat Vella, concretamente en el puerto. A pesar de poseer pasaporte holandés y, por tanto, ser ciudadano de la Unión Europea (como los españoles) se le impidió la entrada a la discoteca con estas palabras: "No soy racista, pero los árabes no pueden entrar en el local". Los medios de comunicación nacionales hicieron pública la noticia y el hecho causó gran escándalo. Pues a nadie se le oculta que este tipo de discriminación la sufren a diario diferentes colectivos de inmigrantes. Lamentablemente, la muerte de un inmigrante ecuatoriano a manos de unos porteros de los locales del Maremàgnum de Barcelona, que tras golpearlo lo arrojaron a las aguas del puerto, en febrero del 2002, habla de la violencia racista que puede salpicar a la ciudad.

Estos casos demuestran que los conflictos interétnicos y su expresión en comportamientos xenófobos, alterófobos o racistas se están haciendo cotidianos en Barcelona desde hace años. Pero también demuestran que se está construyendo una cultura de la tolerancia y la convivencia que se nutre de la experiencia que nace del contacto cotidiano con los colectivos de inmigrantes que viven en el distrito. Dicho de otra manera, si bien es cierto que existen conflictos, no es menos cierto que la experiencia acumulada de los cotidianos contactos interétnicos ha permitido la condensación de una atmósfera sociocultural que propicia la sensatez y la tolerancia. Y esto es un capital social que están generando todos los vecinos e instituciones que están asentados en Ciutat Vella.

Ahora bien, esta valoración no soslaya el hecho de que la sociedad española, catalana o barcelonesa impone unos nuevos límites a la acción social de los inmigrantes, uno de cuyos efectos es la proyección de una imagen referencial (estereotipada si se quiere),

que determina implícitamente cómo deben ser o actuar los inmigrantes. Estos límites, de los que hablo, adquieren la forma de valores, leyes jurídicas, costumbres locales, etcétera y, sin duda, moldean tanto el comportamiento de los autóctonos como de los inmigrantes, hasta el punto de orientar las inevitables mutaciones o transformaciones socioculturales (por mestizaje, aculturación, ienación, por voluntad propia y razonada, etcétera) en los hábitos, en el *ethos* o en los fundamentos identitarios de estos inmigrantes.¹³ Una expresión de esta dimensión vendría dada por el preponderante sistema capitalista, en su expresión barcelonesa, que dificulta ciertas formas de relación social (en el mercado laboral) y fomenta otras, como el consumismo, que para muchos inmigrantes norteafricanos ha sido hasta ahora un hábito desconocido. La imagen que se desprende de este escenario es un trabajador sin contrato, barato y dócil y un consumidor pasivo, que paga un alquiler alto por un departamento en malas condiciones o que compra en un barrio cuyo tejido comercial estaba decaído y él está ayudando a revitalizar.

Mención aparte merece la minoría de inmigrantes cuyo estilo de vida se asienta en prácticas delictivas como narcotráfico, carteristas o robo por tirón de bolsos. Estas prácticas se ven beneficiadas por el trazado medieval de las calles, todo un laberinto de callejones, pasajes cubiertos y cruces de calles.

4. La huella de los inmigrantes en la Ciutat Vella

La huella que los inmigrantes le imprimen a la Ciutat Vella tiene varios referentes, aunque dos son los

más evidentes: la dimensión material y estática que viene dada por las fachadas de los comercios o tiendas creados por ellos y los hábitos articulados en itinerarios por las calles. Desde las Mezquitas¹⁴ de barrio (al menos 4 en Ciutat Vella) donde se reúnen a orar los musulmanes, especialmente los viernes, hasta las tiendas con su estética propia (tipografía, diseño, colores, elementos de recamo publicitario, etcétera), hasta las fiestas y venidas con las que se muestran públicamente en las calles de los barrios. Ambas dimensiones entretejen la imagen que del inmigrante se ha ido coagulando en Ciutat Vella.

Estas nuevas imágenes urbanas responden al discurso social (incluido el silencio social) de los inmigrantes que, hago hincapié en ello, está construido con actos simbólicos. Así, empíricamente, el discurso social responde a la vida humana que se muestra en forma de comportamientos, actitudes, creencias, gestos, habilidades, etcétera, que vehiculan sus nociones (étnica o culturalmente específicas) de la intimidad, amistad, recato en el trato, compromisos, honor, etcétera. Conceptos como éstos son los que hacen que la imagen pública de los inmigrantes sea objetivable; otra cosa es que se perciba o interprete distorsionadamente. Ya vimos antes que hay marroquíes que han confundido los particulares gustos de las dominicanas a la hora de vestir o de andar y les han faltado el respeto; o el portero de la discoteca que le impidió el paso a un holandés, al que trató como suele tratar a los "árabes": discriminándolo con base en el fototipo melanoso de su fenotipo (o sea, al color de su piel).

13. Véase a Mana-Ángels Roque (ed.) (1997), donde una serie de autores dan una visión del fenómeno circunscrito a la región mediterránea.

14. La mezquita juega un papel importante porque, a nivel simbólico es

una institución vertebradora de la sociedad musulmana, con una fuerza social tal, que mediatiza poderosamente tanto las conductas como la percepción de la realidad social entre los magrebíes.

Tampoco es raro escuchar gente que habla de la "raza árabe", con una imagen falseada y estereotipada de los norteafricanos, al vincular árabe con musulmán: palabra que les suena políticamente correcta y que sustituye al término despectivo que es "moro" (que es el más honrado por la gente en situaciones de espontaneidad). Las palabras "moro" y "sudaca" (carga peyorativa a parte) nombran a los dos fantasmas preponderantes del imaginario xenófobo y racista de los españoles: norteafricanos y sudamericanos. A los vecinos del distrito se les puede oír decir: "algunos moros roban" o "hay árabes que son honrados". Sendos sentidos opuestos proyectan imágenes opuestas y elocuentes de los norteafricanos, fundamentalmente marroquíes, que son la minoría étnica de inmigrantes que más agresiones ha recibido en los últimos años en España. La cuestión que surge es la del desconocimiento y la incompreensión. El antropólogo Alberto Cardín (1997), con motivo de la Guerra del Golfo en 1991 señalaba que, en España, la empresa de comprender el Islam era una necesidad imperiosa; esa necesidad lo es todavía, más ahora, con la presencia de inmigrantes islámicos o musulmanes. Y nos recordaba la tesis de Edward Said, de que los occidentales estamos condenados a no entender la cultura islámica.

Cabe decir que la huella que "improntan" socialmente los inmigrantes es diferente a la improntada en las formas materiales (escaparates, letreos). Aunque ambos soportes, el social y el material, vehiculan significados que son los que (con)forman la imagen pública de los inmigrantes. Esta variada diversidad de significados tiene que ver con la producción de sentido. Un sentido que, al revestir artificialmente con un significado cualquier manifestación humana, tiende a ordenar o hacer comprensible (aproximar) todo aquello que parece

incomprensible o sin orden para quienes no están familiarizados con los códigos de producción del sentido original. Este mecanismo, simplificado aquí, es el que en parte explica las imágenes contradictorias, confusas, estereotipadas o "idealizadas" que de los inmigrantes poseen la gran mayoría de habitantes de Ciutat Vella. Pero es más, también explica lo que propone Manuel Delgado (1998: 33): lo que denominamos *inmigrante* no es una figura objetiva, sino más bien un "personaje imaginario". O sea, "es cierto que hay inmigrantes, pero lo que hace de alguien un *inmigrante* no es una cualidad, sino un atributo, y un atributo que le es aplicado desde fuera, a la manera de un estigma y un principio denegatorio" (*ibidem*). Qué duda cabe, todo atributo o cualidad atribuida a un inmigrante nace de un sedimento imaginario, de un sentido coagulado.

Las inercias socioculturales, rutinas, hábitos, costumbres, prácticas (ritualizadas o no) y sus referencias formales proyectan una imagen de los inmigrantes que, a fuerza de repetirse, es la que se va sedimentando tanto en los imaginarios individuales como colectivos. Que unas imágenes se impongan a otras, tiene que ver con unos mecanismos o artefactos culturales (Geertz) que aquí no analizaré; o con unos conceptos en los que no profundizaré (como Ideología y Hegemonía). Aunque sí vale la pena tener presente que la Hegemonía es esa parte de la ideología dominante que, habiendo contribuido a la creación de la imagen tangible del mundo, está tan aceptada como algo natural, que no se nota que toda esa imagen es ideológica (Comaroff, 1992:29).

Pero si no hay "imágenes sociales" sin actores que las proyecten, las perciban y las receptionen, tampoco hay actores sociales sin escenarios culturales. Todo, en conjunto, levanta una trama simbólica

que es la que sustenta las imágenes hegemónicas. Evidentemente, en Ciutat Vella hallamos muchos de los espacios públicos donde los inmigrantes suelen mostrarse o estar, a diferencia de otros distritos o barrios por los cuales nunca andan. El fluir habitual y cotidiano del inmigrante tiene mucho que ver con la manera en cómo conocen las distintas calles y plazas de los barrios. Para los hombres y mujeres marroquíes, la mayoría incapaz de leer en español o en catalán, que son los idiomas en los que están los nombres de las calles de los barrios de Ciutat Vella, éstas simplemente no tienen nombre. Por tanto, conocen las calles de la ciudad explorando y utilizando referencias espaciales. Roland Barthes, refiriéndose a Tokio, dijo que las calles de esa ciudad no tienen nombre. "Esta ciudad sólo se puede conocer por una actividad de tipo etnográfico: es necesario orientarse en ella no mediante un libro, sino por el andar, la vista, la costumbre, la experiencia" (1991:56). Este es el método que utilizan los inmigrantes norteafricanos cuando todavía no están familiarizados con estos barrios de la ciudad. Conocen caminando y se guían por referencias visuales: una plaza, un comercio. Así es como se familiarizan y crean sus espacios (familiares).

La verdadera función social o el sentido real de esos "espacios" urbanos, que son indisociables de esas "reuniones o presencias públicas" de los inmigrantes, porque son espacios socio-simbólicos y no sólo físico urbanos, está fuera de la comprensión de los vecinos europeos. Ellos lo ven con otros ojos y lo reinterpretan a su manera (ven otra imagen; se forman otras imágenes). Y es que todos esos espacios están contruidos de imágenes y palabras; de metáforas. Revistiéndolos de sentido, esos espacios urbanos se hacen familiares para los inmigrantes; se hacen "próximos", se hacen franqueables. Una tienda con cartel en árabe se hace franqueable para

el comprador que se identifica con ella en medio de una calle; otras veces no saben leer en árabe, muchos de las mujeres y hombres marroquíes son analfabetos, pero identifican por otros medios que ese comercio es de paisanos. Sin olvidar que la religión musulmana obliga a sus practicantes a consumir carne sacrificada de una manera determinada (siguiendo un determinado ritual y con un correcto desangrado del animal). Por ello, la "proliferación" de carnicerías dirigidas a los consumidores musulmanes, más que otros tipos de comercios. Porque la mayoría de productos alimenticios los pueden adquirir en las tiendas tradicionales. Sólo las tiendas de pakistaníes tienen una explicación y es que mantienen horarios más amplios que los otros comercios de alimentos aunque su oferta sea básicamente la misma.

La capacidad de producir sentido social de algunos comercios de inmigrantes, estriba en que no sólo son un referente comercial, sino también de reunión y encuentro entre compatriotas. Cuando los marroquíes hablan en la carnicería (*halal*) o en una cafetería y los dominicanos por fuera de una frutería o en la peluquería, obviamente están viviendo, interactuando socialmente, pero especialmente están creando vida social. O, lo que resulta menos obvio, están produciendo o (re)creando imágenes culturales cargadas con un sentido social propio; en cierta forma apropiándose de su barrio.

Señalaba Canciani (1990:268) que las identidades colectivas encuentran cada vez menos en la ciudad y en su historia su escenario constitutivo. Apoyándonos en esta idea, podemos decir que el colectivo de los inmigrantes marroquíes y dominicanos, posiblemente basándose en un sentido de los espacios públicos adquirido en sus propias culturas de origen, ocupan y viven los espacios públicos de Ciutat Vella (a terraza de un café o los bancos

de una plaza) de manera distinta a como lo hacen los barceloneses. Su identidad colectiva como inmigrantes, y de aquí se obtienen múltiples imágenes, sí tiene en esa dimensión de la ciudad y de su reciente historia un pilar fundamental. O les sirve para estructurar una huella que funciona como escenario constitutivo de sus (nuevas) identidades colectivas. Digamos, entonces, que la aseveración de Canclini, que entreveo que sí es válida para ciertos grupos autóctonos, en el caso de muchos de estos inmigrantes no lo es. Las formas socioculturales pueden tener diferentes funciones, usos, significados y sentidos; y tanto las ciudades como su historia reciente o lejana son formas socioculturales. Pero es más, la realidad urbana de Ciutat Vella, su especificidad urbanística, arquitectónica y sociohistórica, desde el momento en que atrae a los inmigrantes favorece la creación de ghettos. Y una ironía es que todavía hay en el barrio Gótico y en el Casco Antiguo restos o huellas de la antigua judería (ghetto) de Barcelona.

5. La Ciutat Vella del siglo XXI: ¿ghetto o distrito multicultural?

La ciudad de Barcelona, en el siglo XX, será más multiétnica de lo que es ahora; acaso la actual experiencia de Ciutat Vella sea un avance del futuro que se avecina. Buena prueba de ello puede ser la construcción iconográfica de las tiendas de los inmigrantes, según sus códigos estéticos, dirigida a una percepción y recepción étnicamente específica, en función de los códigos comunicacionales propios: marroquíes, pakistaníes, dominicanos. Esta iconografía cultural o simbólica urbana de la que habla Canclini, y la consiguiente escenografía social—dominicanas que visten con aire caribeño, mujeres marroquíes que visten con vestimentas propias

de las sociedades musulmanas del Mediterráneo—, generan imágenes que, por derecho propio, retratan a la actual Barcelona. Sin olvidar los olores a especias que no pertenecen (de momento) a la cocina catalana y española, o la música que escapa de las casas como las cumbias o el merengue caribeño o el *raï magrebí* y tantos otros elementos más que, en conjunto, están creándole a los barrios de Ciutat Vella una nueva identidad, una nueva imagen, que no acaba de culminar, fruto de una interacción sociocultural en clave multiétnica con la "ciudad".

Paradójicamente, algunas de esas imágenes sólo pueden equipararse, no con las que existen en otros distritos de Barcelona, sino con las que encontramos en el barrio de Lavapiés, en Madrid, o, en el distrito XVIII de París, en el barrio (de los musulmanes) de Barbés-Rochechouart. Y ésta, acaso, es la imagen más perturbadora que los inmigrantes están imprimiendo en esos barrios de Barcelona: la de una multiculturalidad que hunde sus raíces en África, Latinoamérica o Asia y florece o fructifica en las ciudades europeas. Es el lado étnico y no electrónico de la globalización. Mirado desde otra perspectiva, esta multiculturalidad significa que existen diferentes alternativas de socialización. Quedando lejos, a mi modo de ver, un posible urbanismo con voluntad de reflejar la diversidad cultural de los inmigrantes.

Estas estrategias de socialización que están emergiendo ante las nuevas e inéditas circunstancias socioculturales, se originan en el proceso de sedimentación migratorio. Ellas, además, explican la aparición de elementos identitarios que en cierta forma son nuevos, al ser respuestas adaptativas, y que permiten hablar de mestizaje cultural, transculturación (Fernando Ortiz) o culturas híbridas (Canclini). Sus protagonistas son los nuevos acto-

res e instituciones, no sólo las locales, que tienen en común la voluntad de influir o modelar la experiencia migratoria de las distintas comunidades de migrantes. Fruto de todo ello es la aparición de un tejido económico y organizativo (que pueden ser las ONG's, pero no necesariamente) vinculado a los inmigrantes, que actúa de referente obligado para el mantenimiento y reproducción, entre otras cosas, de las distintas identidades. En torno a ellas o apoyándose en ellas, el inmigrante comienza a intentar asentarse, adaptarse e, incluso, integrarse en la nueva sociedad/ciudad; y la negociación identitaria es un instrumento de doble filo en el contexto de Barcelona. Debido, evidentemente, a los poderosos intereses del nacionalismo catalán y su peculiar proyecto político e ideológico de lo que debe ser la futura sociedad catalana.¹⁵ Sólo que en este contexto, el factor inmigración juega en contra de los nacionalismos conservadores, por algo que señalan Borja y Castells (1997): lo que realmente está ocurriendo es la transformación creciente de la composición étnica de las sociedades europeas, a partir de los inmigrantes importados durante el periodo de alto crecimiento económico en los años sesenta. Pues las tasas de fecundidad de los extranjeros son muy superiores a las de las poblaciones de los países europeos de residencia.

Es más, puede afirmarse que en la ciudad de Barcelona, especialmente en el distrito de Ciutat Vella, la multiculturalidad de origen migratorio y su interrelación con la cultura local, está propiciando la aparición de ese individuo multicultural del que

habla Finkelkraut (1990). Resulta difícil saber cuándo apareció en Barcelona, aunque todo apunta que tanto su génesis como la construcción de su identidad están relacionadas con los fenómenos migratorios y globalizadores. Sin olvidar al nacionalismo catalán que es un importante factor modelador de carácter local. Dicho de otra manera, en distintos barrios de Barcelona está "naciendo" un inédito ciudadano barcelonés, catalán, español o europeo; un "ser mixto" perteneciente a "grupos de frontera" cultural, por utilizar los conceptos del sociólogo Kebir Sabar (1996). Y esta es una experiencia que la encontramos en otras ciudades europeas o en otros continentes.

Distintos autores (Fernández, 1965; Bernard, 1976; Schmitter, 1984) ya señalaron que una consecuencia de la inmigración puede ser la formación de minorías étnicas y su concentración en ghettos; lo que Susana Devalle (1999) denomina el proceso de "ghettoización" y la aparición del barrio "extranjero". Sin embargo, esta tendencia hacia la segregación o hacia la *ghetización*, según Touraine (1998), es una constante en la historia urbana, pues en gran número de casos somos más bien habitantes y no ciudadanos: gente que vive en un barrio, en un distrito, en una zona, en un edificio, etcétera. Pero si la tendencia a centrar nuestra vida en un espacio concreto de la ciudad puede ser un fenómeno que puede explicarse por la propia lógica de la estructura y dinámica urbanas, no es menos cierto que todo grupo étnico tiende a utilizar su concentración en barrios, cuando se dan las circunstancias para ello, como un mecanismo de protección, soledad y afirmación de su especificidad.

Este fenómeno lo encontramos en diferentes ciudades de la Unión Europea. Países como Francia, Reino Unido, Holanda, Alemania, etcétera, como consecuencia de décadas de inmigración y

15. Evidentemente, el nacionalismo catalán no es un segmento social homogéneo ni en lo político ni en lo ideológico. El lector puede encontrar al respecto sintéticas e interesantes reflexiones en Manuel Delgado (1998).

emigración, se han tornado sociedades multiculturales: los distintos flujos de inmigrantes han acabado por emerger en forma de minorías étnicas. Y una de sus manifestaciones ha sido la segregación étnica urbana. Evidentemente, otro factor poderoso para la formación de ghettos es la presión discriminadora (racismo, xenofobia). La mayoría de las sociedades producen formas de discriminación contra las minorías étnicas de tipo político, económico, institucional, cultural, etcétera, y esto refuerza su segregación en el espacio de la ciudad. Para Borja y Castells, las ciudades europeas están siguiendo, en buena medida, el camino de segregación urbana de las minorías étnicas característico de las metrópolis norteamericanas, aunque la forma espacial de la segregación urbana en Europa tiene especificidades. Las ciudades centro-europeas y británicas tienden a concentrar las minorías en la ciudad central, y éste es también el caso de Barcelona. En Holanda, los extranjeros son tan sólo un 5% de la población total, pero en ciudades como Amsterdam, Rotterdam, La Haya y Utrecht dicha proporción oscila entre el 15% y el 20%, mientras que en los barrios antiguos de dichas ciudades sube hasta el 50%. En Bélgica la proporción de extranjeros es del 9%, pero en la ciudad de Anderlecht alcanza el 26% y en el barrio de La Rosee, el más deteriorado, los extranjeros representan el 76% de sus 2,300 habitantes¹⁶ (Cf. Borja y Castells, 1997).

En cualquier ciudad esta pluriculturalidad tiene diferentes efectos asociados. Uno de ellos es el doble proceso de segregación urbana: por un lado, de las minorías étnicas con respecto al grupo étni-

co dominante; por otro lado, de las distintas minorías étnicas entre ellas. Esto lo observamos en Barcelona, cuando la mayor parte de la población autóctona da por hecho que la Ciutat Vella está llena de inmigrantes o cuando dominicanos y pakistaníes no quieren tener nada que ver con los marroquíes. Asimismo, puede propiciar una estratificación del trabajo sobre una base étnica, sentando las bases de su explotación económica. Pakistaníes y Bengaleses son los que reparten las bombonas (cilindros) de gas en Ciutat Vella; hasta hace unos años podíamos encontrar andaluces y sudamericanos en esta ocupación. El marroquí, en Barcelona, suele pertenecer al segmento laboral menos cualificado y con menos prestigio social, trabajando en hornos de panadería, de peones en la construcción, de lavaplatos en restaurantes, además de que, como "moros" (apelativo con una gran carga despectiva), son el colectivo de inmigrantes más estigmatizado por la población española en general. Sobre ellos, precisamente, ha recaído la violencia racista en 1999 y el 2000. Otro efecto, ya apuntado arriba, es que los ghettos de inmigrantes están en los barrios más degradados, una tendencia que la encontramos también fuera de Europa.

En las ciudades contemporáneas se produce un apartheid à rebours: los que tienen medios suficientes abandonan los distritos sucios y sórdidos a los que están atados, a aquellos que carecen de esos medios ya sucedió en Washington D.C. y está a punto de ocurrir en Chicago, Cleveland y Baltimore (Bauman, 1999: 114).

(In) conclusiones

La globalización está conociendo concretas configuraciones regionales, urbanas o de comunidades campesinas en las cuales se concretan de forma

distinta las crisis y bonanzas económicas. Por otra parte, la economía globalizada, separada de la realidad social, se vuelve puramente financiera e ignora a la inmensa mayoría de individuos y sus necesidades. En 1997 el *crash* asiático que comenzó en Tailandia afectó la economía de varios cientos de millones de personas a lo largo de 3 continentes. Pero sus consecuencias adquieren mayor impacto en ciertos colectivos vulnerables, como el de los inmigrantes y las minorías étnicas en Europa occidental. Recurrentemente aparecen como chivos expiatorios de las crisis económicas y las incertidumbres sociales, aún cuando, como remarcan Borja y Castells (1997) la plurietnicidad y la multiculturalidad son fuentes de riqueza económica y cultural para las sociedades urbanas.

La ciudad de Barcelona está conociendo un proceso de segregación urbana en clave socioeconómica y étnica, especialmente en el distrito de Ciutat Vella, muy similar al de otras ciudades europeas o de los EE.UU.: los inmigrantes tienden a establecerse en los mismos edificios, calles o barrios. Las distintas comunidades de inmigrantes, a medida que han crecido, han establecido redes sociales cada día más complejas y consolidadas. Esta proximidad espacial y étnica dista aún de ser homogénea, pero el tejido social de los diferentes colectivos es lo suficientemente resistente como para hablar de grupos étnicos, con sus especificidades culturales e identitarias que se muestran en público. Esto, unido a que "la organización potencial de las identidades étnicas está condicionada a las circunstancias locales" (Erdheim, 1976: 74), permite hablar de un proceso, posiblemente incipiente, de ghetización. Que es paralelo al de su estigmatización, cuando la sociedad circundante expresa su xenofobia y racismo marcando al inmigrante, al referirse a ellos con términos despectivos como sudaca, moro o negros.

Una manera simbólica de encerrarlos en ese ghetto que es la discriminación. De hecho la Ciutat Vella, como conjunto de barrios, está estigmatizada por los prejuicios de los barceloneses de otros distritos.

Vinculados a la inmigración, existen sobradas formas de desarraigo, inadaptación, desviación social, conflictos de valores que entran en juego (sin olvidar el *stress*, depresiones, desequilibrios síquicos, etcétera, cuyo origen está en la experiencia migratoria). Estas formas de mal estar varían según el colectivo: el hijo de argentinos que habla catalán y se esfuerza por borrar las huellas de su acento porteño, el hijo de dominicanos o peruanos que está disgustado con su fenotipo porque lo deata como extranjero, el filipino que le molesta que lo confundan con un chino, la hija de musulmanes que no se siente musulmana.

Por otro lado, la vida social de Barcelona se ha visto enriquecida con la participación de numerosas ONG's o Asociaciones Civiles de inmigrantes. Puede decirse que las asociaciones civiles de inmigrantes son instrumentos para construir/reproducir su identidad. A través de ellas los marroquíes traen a actores, los dominicanos a músicos o los uruguayos a murgas del carnaval montevideano. Durante la *Festa de la Diversitat*, que se celebra anualmente en Barcelona (generalmente en Ciutat Vella) puede apreciarse la riqueza multicultural que aportan los inmigrantes. La pluriculturalidad que comienza, no a emerger, sino a arraigar en Barcelona, se evidencia con la presencia de productos agrícolas exóticos o tropicales en muchas tiendas y mercados como son el plátano macho, la yerba mate o la nuez de cola. Desde hace años, carnicerías de la ciudad ofrecen el tradicional corte de carne argentino (en tira con huesos) para asado. Son lo que se ha venido en llamar los "mercados nostálgicos". Otras veces, ocurren fenómenos de travestismo identitario con fines comer-

16. Consejo de Europa (1993), "Europe 1990-2000: Multiculturalism in the city, the integration of immigrants", Strasbourg: Studies and Texts, No. 25. Consejo de Europa, 1993.

ciales: grupos de peruanos o ecuatorianos tocando folklore andino pero disfrazados de "comanches" o "apaches" para mejor vender sus cassettes de música al turista europeo.

Puede decirse que, desde una perspectiva más amplia, el derecho a la diferencia no siempre tiene su correlato en políticas de defensa de las diferencias o, menos aún, en políticas del reconocimiento (Ch. Taylor). Para Touraine, mantener un cierto grado de comunicación o de compatibilidad entre el mundo de la economía y el mundo de las culturas, dentro del marco de una política urbana, pasa por organizar la heterogeneidad. Es decir, organizar, defender y fomentar la comunicación entre gente diferente (Touraine, 1998). Pues la ciudad segregada es la ciudad de la ruptura de la solidaridad social y, eventualmente, del imperio de la violencia urbana (Borja y Castells, 1997). Y este es el reto al que se tiene que enfrentar el distrito de Ciutat Vella en Barcelona, por la nueva realidad urbana que también está modelada por el uso que hacen los inmigrantes de las plazas, calles, edificios o viviendas.

Bibliografía

- ALONSO, Guillermo (1997). "La resistencia étnica amazigh (bereber) en el Norte de África". En *Revista África Internacional*. Madrid: IEPA, No. 19.
- (2000). "La revancha de Abel o la reinvención de Barcelona". En *Ciudades*. Puebla: RN U, No. 46, abril-junio.
- (2001). "Inmigrantes norteafricanos en la ciudad de Barcelona, España". En E. Patiño y J. Castillo (comp.). *Trabajo y Migración*. México: Universidad Autónoma de Puebla/Red Nacional de Investigación Urbana, Puebla.
- BARTH, F. (1976). *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México: FCE.
- BARTHES, Roland (1991). *El imperio de los signos*. Madrid: Mondador.
- BAUMAN, Zygmunt (1999). *La globalización. Consecuencias humanas*. México: FCE.
- BERNARD, Philips J. (1976). *Les travailleurs étrangers en Europe Occidentale*. Paris: Mouton.
- BORJA, Jordi y Manuel Castells (1997). *Local y global*. Madrid: Taurus.
- CARDIN, Alberto (1997). *Contra el catolicismo*. Barcelona: Muchnik.
- CARENS, J. (2000). *Culture, citizenship, and community*. New York: Oxford University Press.
- COLECTIVO Iobé (1992). *La Immigració Estrangera a Catalunya*. Institut Català d'Estudis Mediterranis: Barcelona.
- (1994). *Marroquins a Catalunya*. Barcelona: ICÉM/Enciclopedia catalana.
- COMAROFF John and Jean (1992). *Ethnography and the historical imagination*. Colorado/Oxford: Westview Press.
- DE AZÚA, Félix (1999). *La invención de Calixto*. Madrid: Alfaguara.
- DELACAMPAGNE, Christian (1983). *Racismo y occidente*. Barcelona: Argos Vergara.
- DELGADO Manuel (1998). *Diversitat i Integració*. Barcelona: Empúries.
- (1999). *El Animal Público. Hacia una antropología de los espacios urbanos*. Barcelona: Anagrama.
- DEVALLE, Susana B. C. (1999). "Etnicidad e identidad: usos, deformaciones y realidades". En *Estudios de Asia y África*, No. 108, vol. XXXIV, enero-abril.
- DUPLA, A., Frias, P. y Za dua, I. (1996). *Occidente y el Otro. Una historia de miedo y rechazo*. Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz.
- EIDHEIM, Harald (1976). "Cuando la identidad étnica es un estigma social". En Barth, Fredrik (comp.).
- FERNANDEZ, Eugenio (1965). *La identidad y la cultura*. Puerto Rico: Instituto de cultura puertorriqueña.
- FINK ELKRAUT, Alan (1990). *La derrota del pensamiento*. Barcelona: Anagrama.
- FORD, Anlba (1993). "Rodar Tierra. Rodar sentido. Entradas en una etnografía del sentido". En *Versión*. México: UAM-Xochmilco, No. 3, abril.
- GARCÍA, Cancini Nestor (1990). *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.
- GEDDES, A. (2000). *Immigration and European integration*. Manchester & New York: Manchester University Press.
- HUNTINGTON, Samuel P. (1997). *El choque de las civilizaciones*. Barcelona: Paidós.
- PRIES, Ludger (1999). "La migración internacional en tiempos de globalización. Varos lugares a la vez". En *Nueva Sociedad*. Caracas, No. 164, noviembre-diciembre.
- UADRADO, Susana (1999). "Solo la natalidad de padres extranjeros, sobre todo africanos, creció en Cataluña en 1998". En *diario La Vanguardia* de Barcelona, 2 12-1999.
- ROQUE, Marra-Àngels (ed) (1997). *Identidades y conflictos de valores. Diversidad y mutación social en el Mediterráneo*. Barcelona: Icaria.
- SABAR, Kebir (1996). "El 'Otro' en el imaginario europeo: El caso de los magrebíes en Europa". In Duplá, Frias y Za dua (eds).
- SAD, Edward W. (1997). *Cultura e imperialismo*. Barcelona: Anagrama.
- SCHMITTER, Barbara (1984). "Sending States and Immigrant Minorities: The Case of Italy". En *Revista Comparative Studies in Society and History*, Vol. 26, No. 2.
- VIVANCO, Felip (1999). "Las estadísticas alertan del deterioro social en Ciutat Vella". En *La Vanguardia Digital*, Barcelona, 16-12-1999.
- SAFA, Patricia (1995). "La construcción de las imágenes urbanas: El caso de Coahuacán". En *Ciudades*, Puebla, RN U, No. 27, julio-septiembre de 1995, pp. 9-13.
- TOURAINÉ, Alain. "La transformación de las metrópolis", conferencia pronunciada el 2 de febrero de 1998 en Barcelona con motivo del 10è aniversario de la Mancomunitat Metropolitana.
- WORSLEY, Peter (1974). *El Tercer Mundo*. México: Siglo XXI.
- ZAPATA-BARRERO, Ricard (2000). "Inmigración e innovación política". En *Revista Migraciones*, No. 8, diciembre, Universidad Pontificia de Comillas, Madrid.